

Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 42 rs. vn. el trimestre.
Madrid y provincias, 46 rs. id.
Números sueltos un real vellon.

REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martinico Ventosa
DIRECTOR.

Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA.

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet, don Dionisio Brase y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.

EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

LA MOGIGATA.

—¿A dónde va doña Plácida tan demañana? Pardiez, que trabajo me ha costado el reconocerla.

—A dónde he de ir, amigo *Martinico*? A cumplir con mis deberes religiosos. Es la primera, la mas grata obligacion de todo fiel cristiano; y yo, que de cristiana me precio, quiero dar un buen ejemplo á tantas almas descarriadas que precipitadas van por el camino de la perdicion.

—De él nos aparte quien todo lo puede, concediéndonos su gracia.

—Amen, *Martinico*, y con Dios vaya, que á mis devociones voy.

Y doña Plácida, cubierta de un cumplido mantillon caido sobre su rostro, arrastrando una luenga falda color de café, pendiente del lado izquierdo de su cintura una correita de charol, y llevando en su linda mano un devocionario encuadrado en terciopelo y plata, siguió calle adelante en direccion al magnífico templo de nuestra escelsa Patrona.

Meditando quedéme sobre la metamorfosis de doña Plácida, en tan corto tiempo ejecutada; cuando por el extremo opuesto de la calle veo venir á don Juan Cachazudo, dignísimo sugeto, jubilado en el tribunal de las órdenes, padre de cuatro hermosas criaturas y dichoso cónyuge de doña Plácida Notecreo. Llegó don Juan con el semblante lívido, los ojos echando chispas, tarramudeando de ira y con la peluca torcida.

—Déjeme usted, amigo; me dijo, viéndome salirle al encuentro.

—¿Va usted tras de doña Plácida? ¿Va usted tambien al Pilar?

—Voy un poco mas allá, amigo *Martinico*, voy á tirarme al río.

—¡Ave Maria Purísima! ¿Qué dice usted, hombre!

—Que tiene usted delante al ser mas desgraciado de la tierra.

—¡Es posible! Le contesté: no lo hubiera yo creído. Ea, cójase usted á mi brazo; démos juntitos un paseo, y feliz yo si puedo contribuir á devolverle la tranquilidad. Pero, sepamos qué es ello. ¿Se encuentra usted en algun apuro? No soy rico; pero hasta donde yo pueda.... Véamos ¿qué le hace á usted falta?

—Me hace falta una mujer.

—¡Una mujer! ¿Pues no la tiene usted, mi señor don Juan?

—¿Qué he de tener.... Lo que yo tengo es una beata.

Miré á don Juan detenidamente, temiendo que hubiera perdido el juicio; pero adivinando él mi pensamiento, aceptó mi brazo, y me llevó hácia la puerta del Angel; y una vez en la ronda dió principio á sus lamentaciones en esta forma.

—Ya sabrá usted, amigo mio, que conocí á Plácida en Castellon de la Plana; que me prendé locamente de ella y que la di mi mano enamorado y ciego. Solamente estando uno ciego y loco puede casarse. Aficionada á toda clase de diversiones y aficionado yo á complacerla, me condujo al torbellino de la so-

ciudad; y el placer, el lujo y el despilfarro formaron en breves en ella una segunda naturaleza. Principié á cansarme: quise poner coto á tanto desórden, y los disgustos vinieron á acibarar mi vida, llegando á ser el pan nuestro de cada dia. «¿Necesitas, me dijo Plácida, que vaya yo á buscar las diversiones? Pues, mas que rabies, ellas vendrán á buscarme á mí. Dicho y hecho: mi casa se vió invadida por todo vicho viviente dominando en ella el elemento militar, hasta convertirse, á pesar mio, en un cuartel general. Hoy era el predilecto amigo de mi esposa un capitan de coraceros; al otro un teniente de cazadores; al de mas allá un comandante de artillería... Recorrió todas las armas, y hablaba de táctica y de ordenanza que no habia mas que oír. Yo ¿qué habia de hacer? ¿Andar á es tocadas con todo el ejército español? Tomé mi partido y me hice el sordo y el ciego. Pasaron los años, vinieron los hijos; y gracias á Dios, la soledad á mi casa. Loco estaba yo de alegría; cuando de pronto le ocurre á mi costilla hacer confesio general: va en busca de un P. Jesuita, que es un pozo de ciencia y un santo varon. y cate usted á mi Plácida colgando su galas, vistiendo un hábito, llenando su habitacion de pilas de agua bendita, de niños Jesus, y reemplazando las novelas con devocionarios, el Flos sanctorum, el Ejercicio cotidiano y con una biblioteca de libros místicos. Mi casa, antes cuartel general, está convertida hoy en seminario sacerdotal, y lo estaria en convento si los benditos frailes no hubiesen desaparecido. No hay hermandad ni cofradía á qué mi arrepentida Magdalena no pertenezca; y para ser de todo es hermana de la sopa. En casa anda todo como Dios quiere; y mientras la madre va á misa, al sermón, al jubileo, sus hijos, con el mocolgando, sucios y desarrapados, lloran y se desgañan y están bajo el cuidado de una maritornes soez, puerca y sisona que les vapulea cuando no estoy yo en casa y torna á vapulearles cuando los angelitos me lo dicen. Mientras la madre hace la sopa y la da á los enfermos (que bien asistidos en el hospital no han menester de otras *sopas*) los hijos piden pan y gritan de hambre: mientras pasa las horas visitando á la arrepentida, yo me coso los botones, limpio mi cuarto y consuelo á los hijos de mis entrañas. Esta es mi vida, querido *Martinico*; dígame usted sino tengo razon para desesperarme dígame sino es antes la obligacion que la devocion, y sino sirve tan bien y mejor á Dios siendo una buena esposa, buena madre de familia, y ama de su casa, que ostentando por esas calles una devocion, á veces fingida, con la que se pretende engañar al mundo y con la cual se ofende á Dios. Buenas, muy buenas son la devocion y las prácticas religiosas; pero sin desatender sus deberes domésticos, sin olvidar por ellas las obli-

gaciones que nuestro estado nos impone. Pero vuelvo á casa, amigo mío, á cuidar de mis hijos, que bien lo necesitan.

—Sí, mi querido don Juan; sobre todo resignación; tras un tiempo

otro vendrá. ¿Quién sabe si al fin doña Plácida se arrepentirá de tan exagerado *arrepentimiento*...? Entre tanto piense usted en sus hijos y, de seguro, no volverá usted á pensar en el suicidio.



—¡Uf, qué peste! ¿Quién resiste ese olor á vino y á cebolla?

—¡Las calles convertidas en tabernas! Volvamos atrás; no puede pasarse. ¡Y esto se tolera en una ciudad culta!!!

La mujer. (*)

Elegía.

Todo pasa; todo muere. Sea en buen hora; procuremos consolarnos. Pero no; lloremos, lloremos: las mujeres se van.

Mirad al rededor vuestro, en la calle, en el paseo, en sociedad, en todas partes, ya no hay mujeres; solo hay *miriñaques*. Hace mas de mil años se fatiga el hombre para perfeccionar á la mujer. Quiere crearle una inteligencia para comprender, un corazón para amar. Los filósofos afirman que tiene una alma; los mas grandes, los mas eminentes poetas, los hombres que se llaman Petrarca, Dante ó Shakspeare, adornan á la mujer con sus mas queridos ensueños; la engalanan con las mas hermosas flores de su genio; el siglo XVIII se afanó y luchó para divinizarla... Pues bien, una mujer, sin duda ridícula y flaca como *Marizápalos*, inventó el *miriñaque*, y la obra de los siglos y de los hombres se la llevó la trampa. Vosotras, marisabidillas ó escritoras profundas, que habeis soñado con el predominio de la mujer ¿hubierais podido imaginar siquiera que una ridícula *ollera* echase la zancadilla á vuestras bellas teorías?

¿En qué salon, por grande que fuese, hariais sentar á trescientas representantes del pueblo armadas de *miriñaques*? Utopistas almirados, habeis querido persuadir á la mujer de que era un ser razonable; pero indignada de esta injuriosa suposición, os ha respondido desde dentro de su *Montgolfier*, que no es, que no ha sido, que no será jamás otra cosa que un ser lleno de vanidad.

Pobre enamorado que vas por esas calles y paseos llevando del brazo á la mujer que adoras, te muestras amable, esprimes tu talento, la diriges tiernas frases, dulcísimas miradas... Amabilidad, talento, frases, miradas perdidas en el espacio; el ángel de tus amores solo piensa en hacer guardar un gracioso equilibrio al bombo que la rodea.

¿Qué seria, oh cielos, si llegase á desprenderse uno de los aros de su estrepitoso *miriñaque*? ¡Horror!!! Y quieres que te escuche, pobre hombre...! Tan imposible seria hacer comprender el vascuence á un habitante de Pangai-Modou. Por eso los hombres de talento callan cuando están al lado de una mujer: lo cual es bastante cómodo para los necios que quieran imitarles, porque nada saben qué decir.

Amor, poesia, sentimiento, rayos del talento y del corazón ¿qué podeis contra esas campanas de tela y hierro? Si hay doce mujeres en Zaragoza como en Madrid, y en Madrid como en España, Francia, Inglaterra, Italia etc. que piensen en otra cosa que en ser admiradas, envidiadas, aduladas y que no tengan en vez de corazón un *miriñaque* en miniatura dentro del pecho, consiento en sufrir la misma suerte que el poeta griego, y en ser hecho pedazos por las manos de las mujeres calumniadas.

Es decir, que el amor ha muerto; enterrémosle y R. I. P.

Así debia ser. La mujer es siempre la exageración á través del tiempo.

En una época en qué tan solo la apariencia vale ¿pueden las mujeres resistir á esta tendencia y no revelarla en su traje? El triunfo de los bolsistas y de los *miriñaques* dirá á la posteridad lo que fueron los hombres y las mujeres de nuestro tiempo.

* Desahogo de un escritor que lleva mas calabazas que días cuenta de vida.

Absorción del sublimado corrosivo.

EQUILIBRIOS

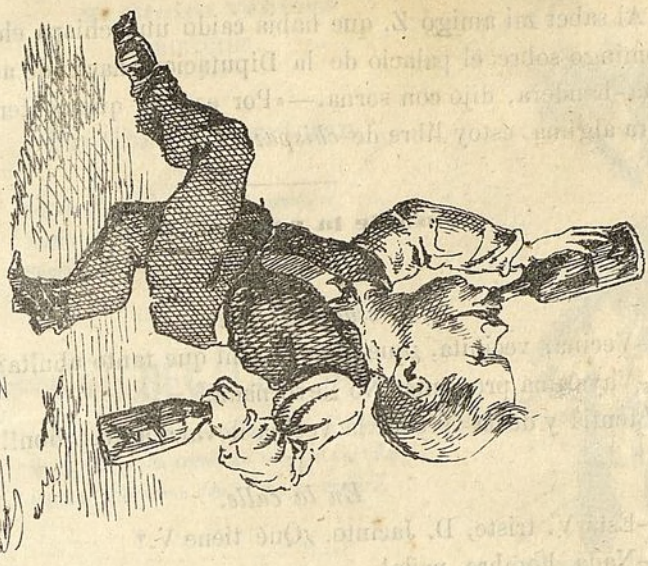
LA PERCHA
Mr. Necesidad busca en las nubes una empresa de Gas
que suba a los cielos

Los habitantes de las Piedras del Cielo son los que mas sobresalen en este ejercicio.

Acróbatas indígenas.



Niño de 3 años sosteniendo à brazo tendido la caja de el Duende.



EQUILIBRIOS

Absorción del sublimado corrosivo.



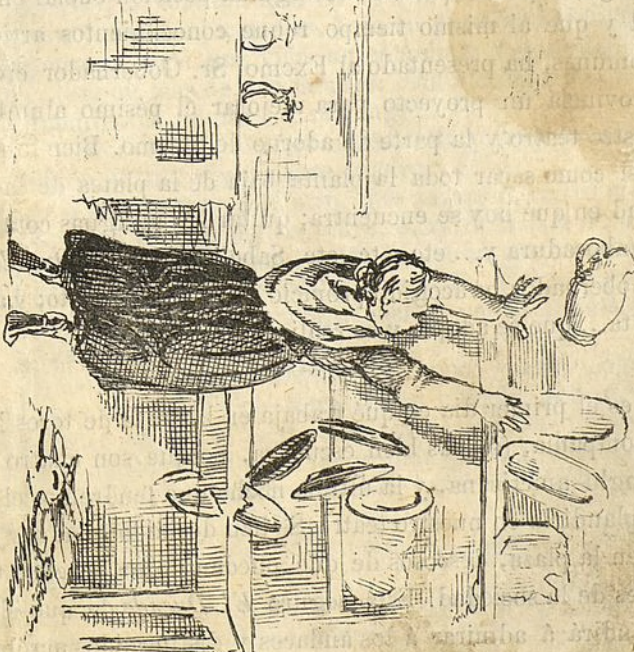
LA PERCHA

Mr. Necesidad busca en las nubes una empresa de Gas que suba à los cielos



EL SALTO DEL CHARCO

Los habitantes de las Piedras del Coso son los que mas sobresalen en este ejercicio.



El Baile de los platos por la Sta. Estropajo

El señor Blasco, en la revista de *El Saldubense* del domingo anterior, nos dedica unos lisonjeros renglones así acerca de nuestros humildes escritos como de nuestras caricaturas. Parece que desea *un tantico mas de sátira* en nuestros números, y opina que con ella aumentaremos el número de las suscripciones. Ya iremos, amable señor Blasco, sacando poquito á poco los pies de las alforjas. *El Duende* dice como los frailes decían, *déjame entrar, que yo me haré lugar*. «Quizá llegue el día en qué le encuentren demasiado satírico... quién sabe... allá veremos. Desde luego da *El Duende* las mas sinceras gracias al señor Blasco: porque así como —llevando cuenta corriente— no piensa perdonar ninguna deuda que con él se contraiga, se apresurará á pagar las que deba; hoy la debia de gratitud, y gustoso la paga. *Las cuentas claras etc.*

El Martes ¡día aciago! hubo fuego en la casa llamada *de las Monas*. Parece que el siniestro fué de alguna consideracion.— Por supuesto ¿sería causado por el fuego?—No señor; segun nos han asegurado lo fué por *el agua*. Los extremos se tocan; y como en casos de esta naturaleza hay aquello de

«Orden, mucho orden, señores.....

Los muebles por el balcon.»

Siempre se hace mas daño del que se quiere. La campana de la *Torre nueva* principió á tocar cuando el fuego habia concluido. Así; las cosas á tiempo. Y los aguadores de cántaro y de cubo, que ordinariamente van por esas calles de Dios atropellando al prógimo, iban hácia el incendio despacito, despacito y con precaucion para no aumentar las desgracias. Bien dice el refran «*No hay mal que por bien no venga.*» A esto pueden contestar los inquilinos (y vaya de refranes) «*Bien venido seas mal si vienes solo.*»

El Duende ha tenido el placer de ver el magnífico retrato de S. M. la reina que, por encargo de este municipio, ha terminado el distinguido pintor D. Bernardino Montañés. Cuanto podamos decir acerca de esta nueva obra de nuestro célebre artista seria poco en parangon con su mérito. El público la verá y la admirará. *El Duende*, amante como pocos de las glorias de su pais, da el mas cumplido parabien al Sr. Montañés y al Ayuntamiento que á tan buen talento ha confiado el retrato de nuestra reina.

Un sugeto, que ocupa una distinguida posicion oficial en esta Ciudad y que al mismo tiempo reúne conocimientos artísticos poco comunes, ha presentado al Excmo. Sr. Gobernador civil de esta provincia un proyecto para mejorar el pésimo alumbrado de nuestro teatro y la parte de adorno del mismo. Bien lo necesita, así como sacar toda la planta baja de la platea de la profundidad en qué hoy se encuentra; quitar las antiguas columnas de la embocadura y... etc. etc. etc. Sabe tambien *El Duende* que el Sr. Gobernador ha acogido propicio el citado proyecto; y ahora solo falta... que se adopte y se realice.

Hoy es el primer día en qué trabaja en la plaza de toros la célebre compañía, (ó mas bien escuadra. porque son cuatro y un cabo) anglo-americana, y la última noche que tendremos el gusto de aplaudirla en nuestro teatro. Se han decidido á dar *dos funciones* en la plaza, deseosos de que puedan gozar de ellas todas las clases de la sociedad. Está seguro *El Duende* de que el público acudirá á admirar á los audaces y distinguidos acróbatas; en la inteligencia de que espectáculos de esta naturaleza suelen verse lo mas una vez en la vida.

Al saber mi amigo Z. que habia caído una chispa eléctrica el domingo sobre el palacio de la Diputacion, haciendo astillas el asta-bandera, dijo con sorna.—«Por eso yo, que no tengo bandera alguna, estoy libre de *chispazos.*»

Abuso de la palabra Nada.

I.

Desde mi ventana.

—Vecina, vecinita, ¿qué lleva V. ahí que tanto abulta?

—Vaya una pregunta. No llevo nada.

Mentia y decia verdad: la vecina llevaba algo... don!!

II.

En la calle.

—Está V. triste, D. Jacinto. ¿Qué tiene V.?

—Nada, hombre, nada!

El pobre tenia el dolor de no tener con qué pagar las botas.

III.

En el café.

—Adios, chico, ¿quieres algo?

—Gracias: no tomo nada.

En ayunas desde el día anterior.

IV.

En el río.

—Juan! (*Llamando*) Qué hace Anton?

—Nada. ¿Te ocurre algo?

—No. Gracias. Nada.

(*Pausa.*)

—Socorro! Socorro! que se ahoga un hombre: socorro!!

—¿Qué sucede? ¿Quién és?

—¡Anton!

—¿Pues no me has dicho que nada?

—Por lo mismo.

—Ya: mas como dice el refran, el que nada.....

(*Pausa.*)

—Gracias á Dios, lo han salvado.... ya era tiempo... llega un doctor.... lo examina.

—Y ¿qué dice?

—Que no será nada:

—¡Tanto ruido para nada!

V.

El lector.

A lo que llevo leído no le encuentro nada de gracia.

TEATRO.

Continúa la compañía *Anglo-Americana* trabajando en nuestro teatro y recibiendo justos y numerosos aplausos. El señor Ellés en la pantomima *El Joco, ó el mono del Brasil* entretuvo agradablemente al público, que premió la agilidad, arrojo y acierto del acróbata.

—En la noche del miércoles se puso en escena la bonita comedia *Las dos hermanas*, perfectamente ejecutada por las señoras Gutierrez, Martin y Granados y los señores Parreño, García (Domingo), Corte, Compte y Barta. En dos de los intermedios tuvimos el gusto de oír al profesor de flauta Sr. Parera, quien en las dos fantasías que tocó con notable gusto, ejecucion y limpieza, alcanzó nutridos aplausos del público. Lástima, por cierto, que la entrada no correspondiese á la bondad y buen desempeño de la comedia, y al relevante mérito del Sr. Parera.